

MI HISTORIA.

(Continúan las Memorias de Doña Juana de Carbajal.)

CUANTO te he referido, Esperanza, acerca de nuestra familia, lo sé por las relaciones de mi abuelo Don Felipe de Carbajal. Ahora voy á narrarte la historia de mi juventud y de mis desgracias.

Nada recuerdo de la casa del sepulturero ni de su familia. Era yo tan niña, que para mí todo eso es como si nunca hubiera existido; mi memoria se conserva desde que tenía yo ya cinco años, y que vivía con una mujer llamada Esther, cuyo marido, mas jóven que ella, habia sido soldado y trabajaba como sobrestante en las obras de albañilería.

Ni Esther, ni Luis su marido, tenían parientes, y en mi infancia me cuidaban con tanto esmero, como si yo hubiera sido verdaderamente su hija. Y yo me acostumbré á llamarles «padre y madre.»

Teníamos una vida tan tranquila, que los años se deslizaban siempre iguales los unos á los otros, y así como sin sentirlo y sin comprenderlo, me encontré ya hecha una mujer, una jóven de veintidos años.

Pero yo no conocia lo que era eso que se llama el mundo, jamás habia salido de mi casa mas que á misa á las cinco de la mañana en verano, y á las seis en invierno.

El resto del dia lo pasaba encerrada en mi casa, y ni siquiera habia llegado á comprender que hubiese algo que se llamase amor, á pesar de que algunas veces sentia en el alma cierta inquietud vaga y desconocida.

*
*
*

Habia yo observado hacia ya algun tiempo, que el hombre á quien tenia yo por mi padre iba tomando un aire de tristeza muy marcado, que me miraba de una manera extraña, que gustaba de estar á mi lado mas tiempo cada dia, que me acariciaba con mucho ardor, y que cuando como de costumbre llegaba yo á besarlo, se estremecía y se ponía encendido.

A pesar de mi inexperiencia, esto me hacia reflexionar algunas veces que algo extraño debia pasar en aquel hombre, y lo que mas me hacia pensar, era que algunas veces cuando me acariciaba oía acercarse á mi madre y él se retiraba precipitadamente como con terror.

Yo, combatida por estos pensamientos, comencé tambien á entristecerme.

Un dia mi padre me dijo con profunda ternura:

—Hija mia, ¿me quieres mucho?

—Mucho, le contesté besándole una mano.

—Y si quisiera irme de aquí, ¿me seguirías?

—Hasta donde tú quisieras.

—Entonces prepárate, porque quizá pronto partiremos.

—¿Y mi madre?

—Ni va con nosotros, ni debes decirla nada, ¿lo oyes? Si lo supiera, tú y yo seríamos perdidos.

En este momento oímos los pasos de Esther que se acercaba. Luis se retiró violentamente y se puso encendido.

La mujer entró y debió no haber notado nada, porque nada dijo.

Hacia también algún tiempo que había entre Luis y su mujer grandes y contenciosos altercados, y disputas que algunas veces tomaron un carácter tan violento, que llegaban á las manos.

Entraba yo á apaciguarlos, y una vez oí á Esther que decía á su marido:

—Un día de estos voy á contárselo todo á esa muchacha.

—Ese día te mato—dijo Luis.

Al verme, los dos callaron; pero aquellas palabras estuvieron dando vueltas muchos días en mi cerebro.

Cada vez que me encontraba á solas, Luis me decía:

—¿Hija, ya estás dispuesta?

—Sí, le contestaba yo.

Había entendido que ambos querían separarse por la vida que llevaban; y como Esther había dado en maltratarme cruelmente todo el día, mientras que Luis me acariciaba y me contemplaba, yo no podía vacilar en la elección.

Para mí ellos eran mi padre y mi madre, y en caso de separarse, con alguno debía de irme, y me parecía mejor que fuese con el que mejor me trataba.

Yo esperaba el día de la partida con temor por lo que podría decir mi madre; pero también con alegría, porque á cada instante era más triste allí mi situación.

Una noche, ya en las altas horas, oí una de tantas disputas en el cuarto de Luis y de Esther; creí que sería cuestión de toda la noche, pero me engañé; á poco todo volvió á quedar en el más profundo silencio.

Habría pasado una hora de esto, cuando llamaron á la puerta de mi cuarto.

Me levanté creyendo que alguien se habría enfermado; abrí la puerta y ví á Luis en traje ya de camino, aunque sumamente pálido y desencajado.

—Vámonos—me dijo.

—¿Adónde?

—¿No te advertí que estuvieras preparada?

—Lo estoy.

—Pues vamos.

—¿Y si me pega mi madre?

—No tengas cuidado; ella se ha ido ya primero que nosotros y nada te dirá; pero date prisa y vámonos.

Él esperó en la puerta, yo me vestí apresuradamente, tomé toda mi ropa, que estaba ya preparada de antemano, y dije:

—Ya estoy.

—Sígueme; ven.

Salimos de la casa y yo iba casi con terror: al pasar frente á la cámara en que dormía Esther, advertí que no había luz; esto me calmó: sin duda, como decía mi padre, ella había partido antes que nosotros abandonándonos.

Llegamos á la calle y comenzamos á caminar.

Yo ni conocía las calles, ni los rumbos, ni sabía adónde

nos dirigiamos: del brazo de Luis, caminaba sin hacerle pregunta ninguna.

En todo aquello habia algo de misterioso que me amedrentaba y que no me atrevia á sondear.

Luis iba sombrío y silencioso; pero al mismo tiempo sobresaltado, volviendo el rostro cuando creia escuchar algun rumor, y recatándose cuando creia que álguien se acercaba.

Cuando amaneció estábamos ya fuera de la ciudad.

Yo no sabia lo que eran los campos; caminando por ellos, la aurora, el cielo, los rios, las aves, todo me encantaba, me hacia feliz.

Respiré el aire puro de la mañana y me puse tan alegre, que Luis me lo conoció; entonces él tambien comenzó á perder el ceño, y mirándome con ternura, me dió un beso.

—¿Estás muy contenta, vida mia? me dijo.

—Sí, padre mio, le contesté.

—¡Oh! no me digas padre.

—¿Por qué?

—No me gusta.

—Pero ¿por qué?

—¿Por qué? En primer lugar porque no soy tu padre, hermosa.

—¿No sois mi padre? Pues entonces, ¿qué sois mio?

—Por ahora, mi vida, nada; yo te crié y te quise como á una hija; pero creciste y me fué ya imposible verte como á tal; me gustabas para mujer y no para hija. Esther era tan fea, tan vieja, tan mala, y tú tan jóven, tan buena, tan bonita, que era preciso que yo te quisiera, y por eso te he sacado de aquella casa para que seas mi mujercita: ¿te gusta?

Yo nada contestaba: Luis me abrazaba y procuraba besarme; pero desde que yo habia sabido que no era mi pa-

dre, que queria que yo fuera su mujer, me repugnaba aquel hombre.

Como mi padre, lo veia simpático y amable; como amante, le veia viejo y repugnante.

Seguimos caminando, y yo comencé entonces á ponerme triste y preocupada: en poder de Luis no tenia yo mas remedio que sucumbir, porque me faltaba hasta el miserable apoyo de Esther. Yo pensaba en ella como en una esperanza; concebí la idea de disimular con Luis, escapármele en la primera oportunidad, y volver en busca de Esther.

Almorzamos en un pequeño rancho adonde hicimos alto, porque iba yo muy cansada: allí Luis comenzó á presentarme á todos como su mujer.

Durante todo el camino, y allí mismo, no habia cesado de hablarme frases de amor y palabras provocativas para encender sin duda en mi pecho un amor que estaba muy lejos de sentir.

Volvimos á ponernos en camino aquella tarde, y al anochechar llegamos á otro rancho.

Las gentes que lo habitaban eran hospitalarias como casi todos los campesinos. Luis pidió posada para él y para su mujer, y nos dedicaron un pequeño cuarto, cuyas paredes, como el rancho todo, eran de tablas.

Cenamos y nos retiramos: yo me estremecia de horror al pensar que pasaria la noche tan cerca de él; confiaba yo en mi resolucion, pero habia llegado á tenerle miedo.

—Vamos á ser muy felices, me dijo así que estuvimos solos.

—Sí, contesté temblando.

—Porque yo te quiero mucho, y llevo dinero para que vivamos muy contentos.

—¿Y no nos perseguirá Esther? dije procurando alargar la conversacion.

—Imposible.

—Yo le tengo mucho miedo, y no seré vuestra mujer mientras ella pueda alcanzarnos.

—Entonces puedes serlo desde este instante, porque nunca nos alcanzará.

—¿Cómo?

—Sí; ahora que estamos lejos, voy á contártelo todo: Esther me tenia aburrido, y era además el obstáculo que tenia yo para que tú fueras mia; todos los dias pleitos y disputas, ¡yo, que ya necesitaba poco! Anoche no pude sufrirla, se me subió la sangre á la cabeza, ella me dio una bofetada, y yo tomé un martillo y le dí con él en la cabeza.

—¡Jesus!

—Cayó, quise levantarla, pero estaba ya muerta.

Apenas podia yo respirar escuchando aquella relacion.

Viendo que aquello no tenia ya remedio—continuó Luis—la acosté en su cama, tomé el dinero y las alhajas que pude; te llamé, nos salimos y Laus Deo.

—¿Pero nos perseguirán? ¿Quién sabe que será de nosotros, Dios mio! ¿Qué habeis hecho? ¿En qué me habeis comprometido?

No temas, mi bien, que yo sabré arreglar las cosas de manera que no tengas nada que temer.

Calló él y callé yo, meditando quizá ambos en lo mismo.

Así pasó largo rato, hasta que él me dijo:

—¡Alma mia! mañana debemos madrugar, para continuar nuestro camino, y es preciso dormir un instante.

Yo, ni pensaba en dormir, ni en descansar; no tenia mas idea fija que huir del lado de aquel hombre que me causaba espanto.

Pero estaba yo encerrada con él, y era preciso buscar un arbitrio, y Dios me inspiró y me auxilió: se oyeron por el

camino que estaba al frente de la casa en que nos habian dado hospitalidad, las pisadas de varios hombres á caballo.

—¿Eseuchais?—le dije fingiendo mas terror que el que realmente sentia.

—Sí—contestó—ruido de caballos.

—Salid á ver; quizá nos persigan, y es preciso huir.

Él vacilaba, pero yo le animé; y él, procurando no ser visto ni hacer el menor ruido, salió del jacalillo en que estábamos.

En el momento me lancé á uno de los lados del jacal, rompí las delgadas tablas de que estaba formado, y me encontré en el campo.

La noche estaba oscurísima, y yo no conocia el rumbo; pero corrí, alejándome sin pensar adónde iba.

No sé lo que pasaria con Luis, porque yo corrí, corrí mientras, tuve fuerzas, y despues poco á poco, pero siempre avanzando, caminé hasta que comenzó á amanecer.

Casi desmayada de fatiga y de sueño, caí al pié de un árbol y me quedé dormida.

Debí dormir una gran parte de la mañana, porque cuando desperté, el sol estaba ya muy alto.

Oí voces cerca de mí, y me incorporé sobresaltada: un jóven que se habia parado junto á mí y me contemplaba fijamente, fué lo primero que llamó mi atencion; hablaba con dos ó tres lacayos que á caballo y á poca distancia, tenian de la brida un caballo ensillado que era sin duda el del jóven.

Preocupada como estaba, creí al principio que serian talvez gente de la justicia que me perseguia para prenderme, y no me tranquilicé hasta que el jóven me dirigió la palabra.

—A fe mia, señora—me dijo—que no comprendo ni có-

mo habeis venido hasta aquí, ni cómo os habeis atrevido á dormir con tanta confianza en un paraje tan solitario.

—Señor—le contesté—ni conozco el lugar en que estoy, ni sé tampoco por dónde he venido aquí.

—Entonces, ¿cómo es que os encuentro sola? ¿habeis perdido á vuestra familia? ¿os habeis extraviado?

—Señor, nada podré deciros, porque nada recuerdo en este momento.

—Curiosa aventura debe ser esa por cierto: pero supongo que no querreis permanecer aquí; ¿qué pensais? ¿adónde pretendéis dirigiros? decidme; porque os aseguro que solo la casualidad nos ha hecho cruzar por este sitio, por el cual en muchos días no vereis quizá pasar á otro hombre.

En vez de contestarle, púseme á llorar.

—No lloreis, señora—me dijo;—¿adónde quereis que os conduzca? ¿adónde está vuestra casa?

—No tengo casa, no tengo adónde ir; soy sola, sola sobre la tierra.

—¿No teneis padres, ni parientes, ni amigos?.....

—Nada tengo, nada mas que mi desgracia: y torné á llorar.

—No os apeneis—me contestó;—tengo cerca de aquí una hacienda adonde podreis retiraros mientras pensais, mientras determinais de vuestro porvenir: venid y no os apeneis.

El jóven hizo acercar su caballo, montó en la grupa, me colocaron los lacayos en la silla, y echamos á caminar.

En un pintoresco vallecito que descubrimos desde una altura, se alzaba la casa de la hacienda con sus paredes blancas, sus techos de ladrillos rojos sombreados por grandes árboles y á la orilla casi de un rio cristalino.

El jóven me habia hablado muy poco durante el camino; me dejaba llorar, y solo de cuando en cuando me preguntaba si iba yo con comodidad.

Al llegar cerca de la hacienda, uno de los lacayos se adelantó, sin duda para anunciarnos, porque cuando llegamos, toda la servidumbre estaba ya esperando.

El jóven me hizo bajar del caballo y me condujo á una habitacion dispuesta ya para mí.

—Señora, me dijo—esta habitacion es para vos; los criados están á vuestras órdenes, vivo aquí enteramente solo: si quereis, os servirán aquí la comida, y si me honrais asistiendo á la mesa, tendré en ello un verdadero placer.

Preferí quedarme en mi cámara, y en todo el dia y en el resto de la noche el hombre no volvió á presentarse, aunque los criados me servian con increíble eficacia.

Habian trascurrido varios dias, y yo me habia hecho ya de alguna confianza con aquel jóven, que me prodigaba toda clase de atenciones.

Tenia yo siempre cerca de mí una criada que no me abandonaba y que habia sabido ganarse mi afecto; aquella criada se llamaba María, y por María supe que mi protector era Don Pedro de Mejía, hijo de uno de los mas ricos capitalistas de México, que era español, y que habia venido á aquella hacienda por pocos dias, pero que la casualidad de haberme encontrado le habia hecho detenerse allí.

Don Pedro habia agotado sus galanterías, y á pocos dias de mi llegada habia hecho traer de México para mí, trages y cuanto podia necesitar una mujer.

Yo le habia referido mi historia con la mayor franqueza.

Don Pedro y yo pasábamos la mayor parte del dia juntos, ya en la casa, ya saliendo á dar largos paseos á pié ó á caballo.

Una tarde volvíamos de una de estas correrías; él, acercando al mío su caballo, me dijo con mucha ternura:

—Decidme, ¿nunca habeis amado á un hombre?

—Nunca, le contesté ruborizándome.

—¿Ni ahora?

No pude responderle, pero estreché su mano y agaché la cabeza.

Era que yo sentía que le amaba y que aquellas preguntas descorrían á mis ojos un velo.

Educada en el mayor abandono y sin el trato de la sociedad, ni conocía el peligro que me amenazaba, ni lo que debía hacer para evitarle.

Tenia en mi corazón el pudor natural de una vírgen, pero no la experiencia ni la luz de la educación.

Como aquel era mi primer amor, como debía yo tanta felicidad á aquel hombre, como él me rodeaba de tanta seducción, mi amor se encendió de una manera terrible, y muy pronto su triunfo fué tan completo como fácil.

Pasaban los días fugaces para mí, habia yo llegado á ser enteramente feliz, me olvidaba del pasado, y no pensaba nunca en el porvenir.

Un día, sin embargo, noté que Mejía estaba fastidiado ó triste, y no pude conseguir que me dijera la causa.

Signió así cada vez mas sombrío, hasta que una mañana me dijo:

—He recibido cartas de mi padre, y es preciso partir para México.

—¡Qué lástima!—le contesté—¡éramos aquí tan dichosos!

—¡Qué hemos de hacer! yo no tengo sino que obedecer! pero en México podremos seguir siendo dichosos.

—¿Lo crees así?

—Ya lo verás: he mandado que tomen para tí una casa, y si no puedo ir á vivir á tu lado, te veré todos los días.

Yo me entristecí con estas noticias.

—Creo que voy á empezar otra vez á sufrir, le dije.

—No lo temas, ya verás como te engañas: tú partirás esta tarde para llegar á México de noche.

—¿Sola? ¿sin tí?

—Yo me voy mañana; no es prudente que nos miren entrar juntos.

Callé, pero me puse á llorar.

Dos días despues, acompañada de dos criados, llegaba yo á México, en donde encontré ya dispuesta una casa para mí.

Aquella casa era triste, mal amueblada, y estaba en uno de los suburbios de la ciudad, fuera ya de la TRAZA, por el lado del Sur.

Uno de los criados me entregó algun dinero, recogieron el caballo que me habia conducido, y se retiraron.

* * *

Estaba yo completamente sola en la casa; no habia ni una criada, ni una esclava, ni nadie absolutamente.

Procuré luego que una de las mujeres que vivian en las casas cercanas viniera para hacerme compañía y servirme, y comencé á prepararlo todo para el nuevo método de vida que iba á llevar.

Esperaba que Don Pedro vendria muy pronto á verme; pero pasó un día, y otro, y otro, y ocho y quince, y Don Pedro no me enviaba ni noticias suyas.

Le amaba yo con tanto desinterés, y con tanta fe creia